

EXPERIENCIA DE DIOS AMOR

EXPERIENCIA DE DOS AÑOS

Con licencia eclesiástica
ISBN: 84-7770-217-9
Depósito legal: B-23.643-91
Printed in Spain
Impreso en España

SANTA ANGELA DE FOLIGNO

**EXPERIENCIA
DE DIOS AMOR**

**Traducción, Introducción y notas de
Fray Contardo Miglioranza, F.C.**

**Serie
Grandes Maestros
N.º 1**

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla**

INTRODUCCION

Angela de Foligno, por los altos quilates de sus experiencias místicas y de su doctrina, ha sido proclamada “maestra de los maestros”¹, “maestra de los teólogos”² y “mística por antonomasia”³.

Se considera a Angela de Foligno inspiradora de importantes aspectos doctrinales de Santa Teresa de Jesús. Y hasta se llega a establecer entre ellas un paralelo: “Angela y Teresa son indiscutiblemente dos reinas en el campo de la espiritualidad: Teresa a través de la enseñanza detallada y completa de los caminos de la oración; Angela a través de la exploración del más allá”⁴. “De la vida mística —sintetiza brillantemente otro autor— Teresa es la gran fenomenóloga, mientras Angela es la gran metafísica”.

“En la pléyade de las grandes místicas de las que está sembrada la historia de la Iglesia, Angela brilla con un esplendor singular, único, por la intensidad de su experiencia, la profundidad de sus conceptos y la atrevida vivacidad de su expresión. Sus escritos no han sido, quizás, superados en belleza”⁵.

Por su magisterio, ha sido objeto de encendida admiración de parte de santos, doctores, sumos pontífices y escritores de la talla de san Francisco de Sales, Bossuet, Fénelon, san Alfonso de Liguori, Benedicto XIV...

¹ Leclève, p. 11.

² Blasucci, p. XVII.

³ Colosio, p. 1.

⁴ Leclève, pp. 136-137.

⁵ Colosio, pp. 3 y 27.

Innumerables ediciones italianas, francesas, holandesas, alemanas e inglesas a lo largo de los siglos atestiguan en los lectores un ansia y un interés creciente de empaparse en las puras fuentes de su espiritualidad, la que se halla alimentada por las más deslumbradoras visiones místicas, sostenida por una reflexión profunda y embellecida por la coherencia y la autenticidad de un heroísmo hasta la santidad.

En español, luego de la edición príncipe del año 1510 por obra del Card. Francisco Jiménez de Cisneros y de otras dos alrededor del año 1600, la nuestra, si no nos equivocamos, es la cuarta versión y edición del libro de Angela. Y confiamos que, gracias al primaveral reverdecir de actividades franciscanas, nuestro trabajo impulsará nuevos estudios y hará macollar amplios vástagos de nuevas ediciones y monografías.

“Angela correspondió plenamente a la misión que Dios le confió de nutrir las generaciones cristianas de esa sabiduría divina de la que fue depositaria”. Haré en ti grandes cosas en presencia de los pueblos— le había insinuado la voz interior— y en ti será conocido y alabado mi Nombre de parte de muchas naciones. El interés siempre vivo por sus escritos, ahora más que nunca, es una señal manifiesta de la actualidad perenne de su mensaje de vida. Un libro que nace del corazón y va al corazón no perece, porque es un eco de la Vida y del Amor”⁶.

Bosquejo biográfico

La historia exterior de Angela es el marco de su historia divina.

Nace en Foligno (Umbria) a unas tres leguas de Asís en el año 1248 en el seno de una familia opulenta. Crece fornida y robusta, de talla superior a la normal, de rostro redondo y rosado. Sus sentimientos son nobles y altivos; su inteligencia, despierta e inquieta; su espíritu, positivo y concreto; su voluntad, dominadora; su lenguaje, ágil, brillante y a menudo bur-

⁶ Blasucci, p. VII.

lón. Tiene de la vida ideas precisas. No sabe escribir, pero sabe leer y entiende el latín. Sobre todo, tiene un corazón ardiente.

Ama la comodidad, el bienestar y el lujo. Tiene gustos exquisitos por la elegancia. Es, en fin, una gran dama que triunfa en el mundo gracias a sus prendas y a su coquetería.

Muy pronto se casa y tiene hijos. Quizás el matrimonio no le depara la felicidad soñada. Pero lo que aflige a su corazón es un gran vacío interior. Dios, poco o nada, entra en su vida. Su cristianismo es el de muchos, banal y superficial. Hasta había tomado la costumbre —lo confiesa ella misma— de acercarse de manera indigna a los sacramentos.

A los treinta y siete años se siente llamada por Dios. Su respuesta es inmediata. Pero tiene la conciencia torturada por el pecado. Ante todo siente la necesidad de liberarse del enredo moral en que se halla. El dulce Francisco de Asís la guía en esos primeros pasos. Su primer confesor es el franciscano Fray Arnaldo, pariente, compatriota y futuro redactor de sus confidencias.

La conversión de Angela provoca la incomprensión y la hostilidad de la madre y de los demás familiares. Lejos de retroceder, Angela se afirma cada vez más en el camino emprendido. "La elección total de Dios la coloca en la disposición interior de perderlo todo por Dios: madre, esposo, hijos, bienes. Dios le toma la palabra y al poco tiempo sucede la muerte de todos sus seres queridos, quedando sola en el mundo"⁷.

Pese a las rebeldías y a las resistencias de todo su ser, poco a poco el despojo al que Dios la llama llega a ser total y le facilita la consagración a Dios a través de los votos de terciaria franciscana.

La generosidad de Angela conmueve el corazón de Dios, quien le dirige esta estremecedora pregunta: "¿Qué quieres?". Angela contesta con la audacia de un alma apasionada: "No quiero oro ni plata; y aunque me dieras el mundo entero, yo no quiero nada más que a ti". Luego Dios la alienta con

⁷ Aliqué, p. 8.

una pasmosa promesa: "Apresúrate, porque, cuando hayas cumplido todo, toda la Trinidad vendrá a ti".

Esa promesa se cumple en la gran peregrinación a Asís para el novenario de las fiestas de san Francisco. Estamos a fines de setiembre del año 1291. Durante la peregrinación, y más aún dentro de la misma basílica del Santo, Angela experimenta la presencia, las palabras y la acción de Dios en ella, o sea experimenta la plena y extasiante inhabitación de Dios en su alma. Ante esa invasión de lo sobrenatural, el cuerpo es incapaz de resistir y cede. Es entonces cuando se manifiestan algunos raros fenómenos psicosomáticos, como crisis de llanto y de nervios, espasmos, desfallecimientos y gritos.

La indignación se apodera de los frailes y de los peregrinos presentes. Ignorando lo que pasa en el interior de Angela, todos desaprueban el escándalo y juzgan severamente a la sierva de Dios como histérica y epiléptica o, en el peor de los casos, como endemoniada. Más tarde, Fray Arnaldo, después de haber obligado a Angela a hablar y a manifestarle sus secretos, al oír esas prodigiosas revelaciones, se siente transido de vergüenza, estupor y miedo: vergüenza por haber criticado tan dura y precipitadamente los fenómenos de Angela, estupor ante esas extraordinarias manifestaciones espirituales y miedo por la sospecha de alguna posible intervención diabólica.

Fray Arnaldo comienza a hacer unas anotaciones con el deseo de someterlas en consulta a algún maestro más experto de las cosas espirituales. Pero, poco a poco, luego de los más severos controles que lo honran a él y nos benefician a nosotros, ese recelo desaparece por completo, para hacer triunfar los puros esplendores de la verdad y los inefables gozos de la experiencia de Angela.

La composición del Memorial de Arnaldo, que forma la primera parte del libro, dura cuatro años (1292-1296). Más adelante, llegada a las cumbres de la más insondable contemplación mística, Angela no confía más a sus hijos sus experiencias íntimas. Si alguno la interroga, sólo atina a contestarle: "¡Mi secreto para mí!". Esos vislumbres de cielo son anticipo y arreboles de la felicidad eterna.

Muy pronto esa rica y prodigiosa vida mística comienza a dar abundantes frutos en los hijos espirituales de Angela. Dios se lo había prometido: "Tú tendrás hijos". Innumerables personas, humildes y doctas, laicas o eclesiásticas, deseosas de seguir sus huellas, acuden a Angela y forman su familia. Y Angela dispensa a todos los dones de la sabiduría y de la doctrina de que Dios la había colmado.

En medio del llanto inconsolable de sus hijos que la invocan con entrañable cariño: "¡Madre!", el 4 de enero de 1309 el alma de Angela fue arrebatada a la tierra y llevada al seno de la adorable Trinidad.

Las tres partes del libro

El libro de Angela se compone de tres partes bien distintas.

La primera parte está constituida por la autobiografía mística dictada por Angela a Fray Arnaldo. Toda su experiencia mística, que va de su conversión (año 1285) a la visión de Dios sobre las tinieblas (año 1296), está condensada en casi una treintena de pasos o etapas interiores. El primer grupo de veinte pasos es más esquemático y lagunoso; el segundo grupo de otros siete pasos complementarios es más meduloso y trascendental.

Esta es la parte más importante del libro. Si bien nacida ocasionalmente como una búsqueda de seguridad espiritual y recogida como apuntes en unos pocos folletos para una consulta espiritual, poco a poco, tanto Angela como Arnaldo se dieron cuenta de que la transcripción entraba en un preciso proyecto divino, para que sirviera de edificación e iluminación de muchas almas sedientas y hambrientas de alimento espiritual.

El trabajo se desarrollaba así. Angela y Arnaldo estaban sentados ante una mesita en un rincón de la iglesia, a la vista de todos, para evitar suspicacias y murmuraciones, si bien no las aventarían del todo. Ella dictaba su mensaje en dialecto umbro, que Arnaldo traducía directamente al latín. A veces por la prisa reproducía en el texto latino las mismas palabras

de Angela, sin duda poco gratas literariamente hablando, "pero preciosas como documento de fidelidad y de fresca inmediatez".

Al final, el fraile escritor o secretario leía la traducción a Angela, para recabar su conformidad. Pero el buen Arnaldo muy pocas veces fue felicitado por su arduo trabajo. A veces, tuvo que soportar los reproches de Angela, porque la transcripción era seca y fría, descolorida y desabrida. Angela había experimentado las incandescencias de lo sobrenatural. Su espíritu estaba aún recreándose en la gozosa visión de Dios. Al hablar revivía los encantos y los temblores de los éxtasis, pero el molde literario no podía de ninguna manera contenerlos. Cuando al final Angela escuchaba las pobres resonancias del escrito, sólo atinaba a tacharlo de incompleto e insuficiente, pero nunca de falso o infiel. La impotencia de la expresión humana era un homenaje a la trascendencia del mensaje.

El Memorial nos da la medida de la incomparable grandeza mística de Angela. La sierva de Dios compartió con otros místicos la sublimidad de la contemplación de Dios en medio de las tinieblas, pero, como nadie se elevó a la clara luz de la divinidad, muy semejante a la visión intuitiva de los bienaventurados en el cielo. Era la visión de Dios sobre las tinieblas, preludio de la de los santos en el paraíso.

Más tarde, cuando el Memorial, ya confirmado y sellado por la voluntad de Dios, recibió la aprobación del Cardenal Colonna (1296) y de una comisión de ocho frailes, maestros en teología, el nombre de Angela voló por todas partes, y a su alrededor se formó un cenáculo o centro de espiritualidad.

La segunda parte comprende cartas, notas y exhortaciones que Angela dirigió a sus hijos espirituales y que fueron redactadas por varios discípulos. En esos documentos de alta espiritualidad Angela despliega todo su magisterio. De las riquezas de sus experiencias interiores saca las más provechosas lecciones ascético-místicas para la formación espiritual de otras almas.

“Si la primera parte se presenta como experiencia de la mística, la segunda, elevándose a la altura universal de los principios, se revela como ciencia de la mística. Pero en la base de una y otra, Angela coloca su visión cristocéntrica de la vida espiritual, o sea la visión de Cristo, modelo y fuente de vida y camino hacia el Padre”.

Angela condensa y unifica toda la ascética y la mística en ese grito apasionado: “Oh hijos de Dios, transformémonos juntos en el Dios-Hombre crucificado”.

La tercera parte recoge los escritos relacionados con los últimos años de la vida de Angela: su testamento y el relato de su santa muerte.

“Las tres partes corresponden a una visión orgánica y unitaria de la vida de Angela: la primera relata su ascensión interior; la segunda es un reflejo de su magisterio espiritual; la tercera es el epílogo luminoso de su santidad y de su fascinante apostolado”⁸.

Experiencia de Dios-Amor

La experiencia de Dios-Amor es la substancia y la cumbre de toda la mística de Angela: es su inmersión en lo divino. Angela llega a decir: “Mi alma nada en el seno de la Trinidad”.

Experiencia es una palabra que hay que tomar en el sentido más denso y fuerte: es visión y escucha, toque y abrazo, comunión y vivencia, disfrute y éstasis de lo divino y en lo divino.

Experiencia no es búsqueda ni intuición intelectual ni conocimiento discursivo de Dios; ni es experiencia de fe ante el misterio, ni experiencia de liberación del pecado, ni descubrimiento de Dios en la inmensidad de la creación. Todos estos

⁸ Blasucci, pp. X-XII-XIV-VIII.

valiosos elementos pueden presuponerse e integrarse. Pero la experiencia de que hablamos es mucho más que todo esto.

La experiencia mística es una percepción personal, inmediata, vivida y sentida de Dios, substancialmente presente en el alma del justo, como objeto de su conocimiento directo y de su amor. No es, pues, una emoción vaga y sentimental de lo sagrado, sino una relación íntima, profunda y totalitaria con una persona divina, con la cual el ser humano puede entretener tratos personales de diálogo, de comunión, de convivencia, de amistad, de colaboración.

Esa experiencia nace de la fe, que le designa y descubre el objeto de la intuición y del amor y a la vez supera la doble deficiencia de la fe: la oscuridad y la multiplicidad de ideas y proposiciones. El alma goza de una luz plena y de una visión unitaria de Dios⁹.

Desde luego, puede haber distintas y muy interesantes experiencias religiosas: experiencia cosmológica, o rastreo de las huellas de Dios en la creación; antropológica, por la cual la conciencia del hombre se confronta con un Ser absoluto que la puede obligar y pedir cuenta, y a la vez con su destino de eternidad, de salvación; histórica, que nos descubre el sentido y la meta de la historia; personal en sus dos vertientes: conocimiento y contacto con Dios de manera mediata, indirecta y discursiva, y es la experiencia religiosa; o de manera inmediata, directa y unitaria, y es la experiencia mística.

En síntesis, la experiencia mística es una iluminación rebotante, inmediata y unitaria de Dios y de sus misterios; es un contacto personal, dinámico y gozoso con esa fuente de todo ser y de toda vida; es sentir y vivir la presencia y la acción de Dios; es la absorción intuitiva y amorosa del espíritu en Dios por una gracia especial.

Destacamos en Angela la experiencia de Dios como AMOR.

La fe nos hace comprender que la síntesis de todo es ésta:

⁹ Dictionnaire: EXPERIENCE.

“DIOS ES AMOR” (1 Jn. 4, 16). *Ser cristiano es reconocerse envuelto en el torrente del amor de Dios y dejarse arrastrar por su impulso.*

Es madurez en la fe, vivir nuestra vida como Amor; y experimentarlo intuitiva y amorosamente es un anticipo de eternidad.

Nuestra misión no es sólo amar, sino provocar el amor. No podemos encontrar plenamente a Cristo sin el prójimo; ni podemos encontrar plenamente al prójimo sin Cristo.

Comprendemos así que la maternidad espiritual de Angela es la irradiación de su asombrosa experiencia mística.

La ciencia del amor

Ya que el libro de Angela nos introduce en los deslumbradores y policromos jardines de la más elevada experiencia mística, creemos oportuno brindar los elementos principales de la misma, con el deseo de facilitar una comprensión más acabada de la espiritualidad de la sierva de Dios. En este estudio seguiremos las huellas de los grandes maestros del espíritu¹⁰.

La contemplación infusa es el campo anchuroso y el objeto propio de la vida mística. Normalmente se la define así: “Una visión intuitiva y amorosa de Dios y de las cosas divinas, fruto de una gracia especial”.

La parte principal la tiene Dios, quien en todo toma la iniciativa: llama al alma a la contemplación; escoge el momento, el modo y la duración de la misma; ilumina la mente, arrebatada la voluntad y abraza el corazón de amor.

El alma se deja tomar y mover por Dios, como un niño se deja llevar en los brazos de su madre con libre y gozoso consentimiento. El alma, que se porta a la vez de manera pasiva y activa, experimenta como una dulce y embriagadora invasión divina, que produce en ella un amor inefable.

¹⁰ Tanqueray, p. 884.

Con bellas y profundas palabras, San Juan de la Cruz llama a la contemplación: "La ciencia infusa del Amor" ¹¹.

Uno de los corolarios más destacados de la contemplación infusa es la inefabilidad. En el libro de Angela a cada paso nos encontramos con estas expresiones: "Lo que experimenté no lo puedo decir, es inexpresable, indescriptible, inefable..."

Tres razones principales explican esa imposibilidad de describir lo que se ha visto o experimentado. El espíritu se halla abismado en las divinas tinieblas: percibe a Dios sí, pero de manera oscura, si bien muy impactante. Además, la desproporción entre lo que percibe y la impotencia del lenguaje humano para expresarlo, obligan al alma a proclamar una dichosa inefabilidad, que Angela llama: "La beatitud de la incomprendibilidad". En fin, como el fenómeno que más maravilla es el amor intenso de Dios, el alma lo experimenta sí gozosamente, pero no sabe ni puede ni atina a decir algo; y si dice algo, le parece una torpe profanación que Angela llama "blasfemia".

En este inmenso océano de la vida mística, las experiencias son múltiples y la intensidad y la extensión de las mismas pueden variar de un siervo de Dios a otro. Dios, que se complace en la diversidad de sus dones y en acomodarlos a los distintos temperamentos y caracteres, no sujeta su acción a ningún molde ¹².

Sin embargo, en la diversidad podemos atisbar cierta unidad. He aquí las principales fases o grados de la vida mística en correspondencia a la mayor o menor posesión que Dios toma del alma.

1. Cuando Dios se apodera de la voluntad, dejando libres a las potencias inferiores y a los sentidos para que se ocupen en sus operaciones naturales, es oración de quietud, la que puede ser árida o suave. La árida está cargada de pruebas, co-

¹¹ Garrigou, p. 882.

¹² Tanqueray, p. 906.

mo tentaciones, incomprensiones, enfermedades, tribulaciones, que purifican los sentidos y preparan el alma para los más suaves encuentros con el Señor.

2. Cuando Dios toma las potencias interiores, entendimiento y voluntad, dejando libres solamente los sentidos externos, es unión plena.

3. Si Dios arrebatara de vez en cuando las potencias interiores y exteriores, es unión extática. La suspensión de los sentidos es el resultado de esta absorción en Dios. Puede ser suave o atormentadora. Esta última se llama "noche oscura" que purifica el espíritu y lo prepara para encuentros más sublimes.

4. Cuando Dios se apodera de todas las potencias, no de modo transitorio sino permanente, es la unión transformante o matrimonio espiritual. El intercambio de dones y personas es total. El alma se recrea en la visión de Dios y disfruta un preludio de cielo. Angela, la mística y la teóloga de la unión transformante, escuchó con inefables estremecimientos las divinas palabras: "Tú eres yo y yo soy tú". Y ella hacía eco: "Mi corazón es el corazón de Dios y el corazón de Dios es mi corazón".

Grandes síntesis doctrinales

El alto magisterio de Angela puede condensarse en un abanico de binomios, ya de contrastes ya de relación. Ofrecemos un somero esquema.

— Dios y el hombre: Conocimiento de Dios y conocimiento del hombre, de la divina sublimidad y de la humana miseria. Son los dos abismos de la altura y de la profundidad de que nos habla a menudo el libro de Angela.

— Cristo y nosotros: Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciera Dios. Dios salvó al hombre a través del misterio de la Cruz. La Cruz es instrumento de atroces torturas y es como el símbolo de toda su vida. Por eso dice Angela que Cristo tomó por compañeros "el dolor, el desprecio y la pobreza".

— Amor y dolor: *Este binomio es la cumbre de la intuición y de la experiencia mística de Angela. El Amor se hizo Dolor para darnos Amor. También el cristiano, si quiere llegar al amor y a la unión con Dios, ha de abrazar el dolor.*

— Pecado y expiación: *El pecado es ofensa de Dios, envilecimiento de las criaturas y desgarramiento psicosomático. Es necesario expiarlo, repararlo, compensarlo.*

— La persona y la humanidad: *No somos islas. Todos formamos un solo Cuerpo Místico, que es la comunión de los santos. La interacción es recíproca y universal. En esa comunión de los santos se destacan la mediación y la misión de Angela y su maternidad universal, a semejanza de la maternidad de la Virgen María.*

— Oración individual y comunitaria: *Los principales acontecimientos místicos de Angela están vinculados con la liturgia. Y no podría ser menos ya que la liturgia es la vida y la oración de la Iglesia, esposa de Cristo y Madre de la humanidad.*

— La historia personal y el mundo: *El mundo de Angela no es un mundo cerrado, narcisista, sino abierto. La historia que nos describe Angela de su alma y de sus experiencias está inserta en la historia de su tiempo. El libro nos hace participar de los problemas, de las luchas y de las tiranteces del momento; en particular, nos hace compartir las luchas franciscanas por la pobreza y a la vez desenmascara las extravagancias de los sectarios de la libertad de espíritu.*

— Francisco y Angela: *No podríamos comprender la espiritualidad ni la santidad de Angela sin relacionarlas con las de Francisco y de su poderoso movimiento. Angela, después de santa Clara, más que ninguna otra discípula, penetró y vivió el espíritu de Francisco. Tanto que éste un día le susurró dulcemente: “¡Tú eres mi única hija!”.*

Admirable director de almas

Fray Arnaldo descuella en el libro de Angela como director, como secretario y como discípulo de la santidad de la sierva de Dios. "Fray Arnaldo fue un notable director de almas" ¹³.

Las relaciones espirituales entre Arnaldo y Angela nacieron de la curiosidad del primero de conocer las razones de las intrigantes y escandalosas escenas acaecidas en Asís, durante la primera peregrinación de Angela

Cuando, tras muchas insistencias, Angela comenzó a relatar a su consejero espiritual algunos de los fenómenos experimentados, como ya hemos visto, Fray Arnaldo se sintió sacudido por el estupor y el miedo, como si una poderosa ráfaga ultraterrestre rozara su espíritu. No constatando la evidencia de la presencia y de la acción de Dios en esos fenómenos, pensó con trepidación que el agente preternatural que provocara esas escenas podría ser el demonio.

Comunicó su preocupación e inquietud a Angela y trazó su plan de trabajo. Era necesario conocer todo, poner todo por escrito, examinarlo cuidadosamente y consultar sobre ello a un maestro más experimentado. Exigió que Angela realizara una introspección de su espíritu, analizara los hechos y sus repercusiones en el alma y en el cuerpo, en los sentimientos y en las operaciones; desconfiara de los juegos de la imaginación y en todo se expresara ampliamente. Hubo un acuerdo de una fluida comunicación entre los dos, pero su alcance fue diversamente interpretado. Arnaldo deseaba que Angela le manifestara todo hecho misterioso, mientras Angela se sentía obligada a manifestarle sólo los hechos de los que no tuviera plena certeza de su origen divino y en los que podía filtrarse alguna duda.

El de Arnaldo fue un trabajo de criba. Sus exámenes fueron minuciosos y exigentes. Sometió todo hecho al doble con-

¹³ Leclève, p. 43.

trol de la razón y de la fe; procedió a interrogatorios aclaratorios; se resistió a aceptar sin exámen las explicaciones que le daba Angela; protestó ante afirmaciones no debidamente comprobadas; pidió la manifestación de signos indicativos de la voluntad y de la acción de Dios.

Gracias a esos controles y comprobaciones, el libro de Angela salió ganando en riqueza y pureza de contenido sin desbordes imaginativos, en variedad de detalles psicológicos y místicos y en precisiones de trasfondo. Benedicto XIV en su tratado de la Beatificación y Canonización de los Siervos de Dios hizo resaltar muy elogiosamente ese trabajo de discernimiento de los espíritus y lo señaló como un noble y seguro modelo de lo que ha de hacerse en la dirección de las almas.

Arnaldo llegó a la cumbre de su obra de director espiritual cuando, al solicitarle a Angela las pruebas contundentes de la acción de Dios en su alma, ella le indicó los siete signos que la caracterizan y la distinguen.

Ante esa asombrosa evidencia, el tormento interior de Arnaldo se aplacó, sus dudas se disiparon e intensificó su acción de secretario para transmitir a las generaciones futuras el mensaje de luz y de amor que Dios había concedido a su sierva fiel.

Fray Arnaldo es un admirable director: sabio, prudente, respetuoso del pensamiento de Angela y diligente en recogerlo y fijarlo por escrito, y sobre todo humilde. El se esconde detrás del lenguaje de Angela y de sus reproches. Su propósito es el de hacer hablar a Angela. El quiere dejar oír la voz de ella, ora alta y sonora, ora sutil como una queja o suave como un canto; a veces incierta, balbuciente, oscura, hasta tosca y ruda; a veces majestuosa y resplandeciente con vislumbres de eternidad. El no la colorea, ni la ajusta, ni la mejora, ni la viste con otros ropajes. La deja intacta en su desnuda y fresca belleza.

Esa renuncia del fraile escritor, a la vez que es un digno homenaje a su excelsa maestra y madre espiritual, ensalza la nobleza de su espíritu y la grandeza de su corazón. Los lectores le quedamos infinitamente agradecidos, ya que esa humildad nos permite leer y saborear el genuino y auténtico pensamiento de la sierva de Dios.

De secretario, Arnaldo se hizo seguidor de la eminente santidad de Angela, tanto que el martirologio franciscano realza sus virtudes y méritos y lo nombra entre los Beatos.

La misma Angela preparó a su consejero y secretario para el tránsito supremo. La escena es de una conmovedora dramaticidad. Durante la Misa, Angela oyó la voz divina que, al hablarle de Arnaldo, le dijo: "De este hijo tuyo vas a alegrarte mucho... Yo confirmo la eterna bendición que le di... Yo he quitado de él la culpa y la pena...". Ella, no comprendiendo bien el alcance de estas palabras, se las refirió a Arnaldo. "Y él, después de haber oído esas palabras, se sacó la capucha, bajó la cabeza y lloró". Pese a un anuncio tan auspicioso y feliz, con angustia sintió sobre su débil humanidad los roces y los coletazos del ángel de la muerte.

Criterios prácticos

Nuestro permanente contacto con el texto original nos ha hecho conocer no sólo las joyas fulgurantes, sino también las dificultades gramaticales y lingüísticas. Pero en la traducción nos hemos dejado guiar por estas pautas: fidelidad al texto, claridad de conceptos y soltura de lenguaje. Que lo hayamos alcanzado o no, lo sometemos a la comprensión del benévolo lector del que esperamos las más amplias sugerencias en vista de futuras ediciones.

Como el libro de Angela no ha nacido de una madura elaboración personal, sino que es traducción al latín del lenguaje oral con todas sus exageraciones, repeticiones, pleonasmos, anacolutos y discordancias, movidos por el respeto que merece el lector, no hemos cedido a la tentación de modificar el texto o simplificarlo, sino en contados casos.

Esa fidelidad quizás resta brillo a la agilidad de la lectura, pero el lector queda ampliamente compensado porque puede saborear más de cerca el pensamiento de Angela.

Acá y allá, si bien pocas veces, se observan oscuridades. ¿A qué se deben? Sin duda, hay dificultades en el texto, pero la mayor parte de las veces esas oscuridades se deben a la misma riqueza del contenido. Una avalancha arrolladora de experiencias y conceptos se precipita en la mente de Angela y no halla cabida suficiente en la transcripción del lenguaje humano. La impetuosidad de un torrente de montaña no puede ser canalizada a través de un grifo doméstico. Que se nos perdone la humilde comparación, pero es la misma Angela la que nos dice cientos de veces que lo que ve, siente, vive, oye, experimenta... “es totalmente inefable, indecible, indescriptible”.

Por otra parte, la composición del libro evidencia el modo ocasional con que llegó a formarse: al comienzo en base a confidencias tímidas y más adelante, cada vez más seguras y detalladas.

Este no es un libro para apresurados ni para principiantes, que se sentirían problematizados por una vasta gama de interrogantes que sólo la viva voz de un maestro o un buen entrenamiento podrían esclarecer. Este es un libro para los que, ya poseedores de buenos principios de espiritualidad, quieren avanzar aún más en pos de Angela por los caminos del Señor.

Para ayudar al lector a comprender mejor el texto y a superar las posibles dificultades, hemos hecho unas anotaciones progresivas al pie de la página.

El libro de Angela toca de cerca los máximos problemas de toda espiritualidad. Por eso es un libro exigente y complejo que hay que leer morosa y amorosamente. Para saborear un texto tan denso y rico, hay que leerlo lentamente y con el deseo siquiera de alcanzar el mismo fuego interior con que ha sido dictado.

Pero nos queda una última pregunta: ¿Angela de Foligno es santa o sólo beata? Oficialmente compete a Angela el título de Beata; pero muchos escritores, traductores y sumos pontífices, “por el evidente papel de primer orden que juega Angela en la mística”¹⁴, le han dado el título de Santa. Con mucho

¹⁴ Faloci, p. XXXII.

gusto añadimos nuestro nombre a ese ejército de admiradores.

En fin se desea destacar que para comodidad del lector, las partes del libro dictadas por Angela han sido referidas en caracteres redondos, mientras están en cursivo todas las partes elaboradas por el redactor principal, Arnaldo, y sus continuadores.

BIBLIOGRAFIA

Faloci Pulignani: L'AUTOBIOGRAFIA E GLI SCRITTI DELLA BEATA ANGELA DA FOLIGNO, Il Solco, Città di Castello, 1932. El texto bilingüe latino-italiano reproduce el código de Subiaco, que es el más completo. Sobre ese código hemos hecho nuestra traducción.

Aliqué Salvatore: L'ESPERIENZA DI DIO AMORE, il Libro di Angela da Foligno, Città Nuova, Roma, 1973.

Blasucci Antonio: Introduzione e Note su IL LIBRO DELLA BEATA ANGELA DA FOLIGNO, A. Signorelli, Roma, 1950.

Hello Ernest: ANGELE DE FOLIGNO, A. Tralin, París, 1921.

Leclève Louis: SAINTE ANGELE DE FOLIGNO, Librairie Plon, París, 1936.

Tanqueray Ad: COMPENDIO DE TEOLOGIA ASCETICA Y MISTICA, Desclée, París, 1930.

Garrigou-Lagrange R.: LAS TRES EDADES DE LA VIDA INTERIOR, Desclée, Buenos Aires 1957.

Dictionnaire de Spiritualité.

Colosio Innocenzo: LA BEATA ANGELA DA FOLIGNO, MISTICA PER ANTONOMASIA, Librería Editrice Fiorentina, 1965.

LIBRO DE LA EXPERIENCIA DE LOS VERDADEROS CREYENTES

Prólogo

En verdad, la experiencia ¹ de los creyentes comprueba, penetra y toca con la mano al Verbo de vida que se hizo carne. El mismo lo promete en el Evangelio: “Si uno me ama, guardará mi Palabra; y mi Padre le amará; y vendremos a él y habitaremos en él” (Jn. 14, 23), y también: “Al que me ama, a él me manifestaré” (Jn. 14, 21).

Esa experiencia y la doctrina de la misma experiencia, Dios las concede con la máxima abundancia a los creyentes. Así lo hizo recientemente con una de las creyentes, concediéndole, para el bien espiritual de los suyos, esa experiencia y esa doctrina, las que, si bien en forma insuficiente, reducida y mutilada, se describen con toda verdad en las páginas que siguen.

Más adelante, cuando relate cómo comencé a conocer estos

¹ Esa “experiencia”, palabra-clave en todo el libro de Angela, es percepción intuitiva, inmediata y gozosa de Dios y de sus misterios, a diferencia del normal conocimiento de Dios, mediato y discursivo. Para Angela, “Dios no puede ser explicado” a través de libros o estudios. A Dios se lo experimenta, desde luego por la gracia de Dios.

hechos y a ponerlos por escrito, diré cómo y por qué yo secretario, si bien indigno, fui forzado por Dios mismo, como lo creo, a escribir, y cómo la sierva de Cristo fue del todo obligada a hablar.

Los pasos ²

Esta sierva de Cristo, hablando de Dios con una compañera ³, dijo que había contado, por haberlos experimentado, treinta pasos o mutaciones, que el alma realiza cuando se pone en marcha por el camino de la penitencia.

El primer paso es el conocimiento del pecado, por el cual el alma teme mucho la condenación al infierno, y llora lágrimas amargas.

El segundo es la confesión. En ella el alma prueba vergüenza y amargura, y todavía no siente amor, sino dolor. A este respecto me confió que a menudo había comulgado estando en pecado, porque por vergüenza no había hecho una confesión completa. Y por esto, día y noche era torturada por la conciencia. Y habiendo rogado al bienaventurado Francisco que le hallara un confesor experto en el discernimiento de los pecados, con el cual pudiese confesarse bien, esa misma noche se le apareció un fraile anciano, que le habló así: “Hermana, si me lo hubieras pedido antes, antes te hubiera complacido. Sin embargo, lo que pides te es concedido”.

Al romper el alba, corrí en seguida a la iglesia de San Francisco ⁴, y prontamente volví. Pero al regresar, hallé a un

² Hay que destacar que cuando Fray Arnaldo comenzó a recoger las confidencias de Angela sobre sus experiencias, la santa ya había recorrido varios de esos pasos. He ahí la razón por la cual los primeros pasos están compendiados de manera sintética.

³ Esta compañera de Angela, que el libro nombra de vez en cuando sin darnos otros rasgos, se llama Pascualina, terciaria franciscana, una mujer simple, iletrada y fiel a la santa hasta la muerte.

⁴ La iglesia de San Francisco de Foligno estaba cerca de la casa de Angela. Allí se desarrollaron los encuentros de Angela y Arnaldo: la pri-

fraile que predicaba en la iglesia de San Feliciano, y era capellán del obispo.

Al instante decidí, con la gracia de Dios, hacerle una confesión general, con tal que tuviera la autorización del obispo, o que él mismo me llevara al obispo. Y le hice una confesión total. Después de haberme escuchado, el fraile dijo que, si yo no estaba contenta de él, relataría todos mis pecados al obispo, y añadió: "Te daré la penitencia que él te imponga, si bien tengo el poder de absolverte sin acudir al obispo"⁵.

Pues bien, en este paso el alma experimenta todavía vergüenza, y no siente amor, sino dolor.

El tercer paso es la penitencia que el alma hace para satisfacer a Dios por los pecados: ella se halla todavía en el dolor.

El cuarto paso es el conocimiento de la divina misericordia. Cristo le otorgó esa misericordia y la arrancó del infierno. Ahora el alma comienza a ser iluminada, y llora y se duele más que en el pasado, y se entrega a penitencias más ásperas.

Yo, fraile amanuense, declaro que en todos estos pasos no relaté la admirable penitencia que se imponía la sierva de Cristo, porque la conocí después de haber escrito los pasos antedichos. En esa época ella no me refería sino lo que era necesario para distinguir un paso de otro. Y yo no quería escribir ni una palabra de más de cuanto me estaba dictando; más bien, omití muchas cosas que no podía escribir.

El quinto paso es el conocimiento de sí. El alma, ya un tanto iluminada, no ve en sí misma más que defectos, se acusa delante de Dios y se cree con certeza merecedora del infierno. Aquí halla todavía amargo llanto.

mera dictaba sus confidencias, el segundo transcribía. Allí también se veneran los restos sagrados de Angela. Pero ese día el fraile predicaba en San Feliciano, la catedral de Foligno.

⁵ La fecha de la conversión de Angela ha sido fijada en el año 1285, cuando la santa tenía treinta y siete años.

Se entiende que entre uno y otro de estos pasos hay pausas. El alma sufre gran pena y gran tormento, porque se mueve hacia Dios con mucha lentitud, con torpeza y angustia, y sólo es capaz de pequeños progresos. Sé por experiencia que en cada paso me detenía y lloraba. No se me concedía realizar más pasos simultáneamente, si bien hallaba algún consuelo en el hecho de llorar en cada paso, pero era un consuelo amargo.

El sexto paso es una cierta iluminación de la gracia, por la cual se me concedía un profundo conocimiento de todos mis pecados. En esa luz veía que había ofendido a todas las criaturas que habían sido creadas para mí. Interiormente me volvían a la mente los pecados, como en la confesión que hacía de ellos delante de Dios. Suplicaba a todas las criaturas, que veía haber ofendido, que no me acusaran. Entonces se me daba la gracia de orar con gran fuego de amor. Invocaba a todos los Santos y a la bienaventurada Virgen María que intercedieran por mí, y suplicaran al Amor, que tantos bienes me había dado, para que, sabiéndome yo muerta, me devolvieran a la vida. Y me parecía que todas las criaturas y los Santos experimentaban compasión de mí.

Con el séptimo paso me era concedido contemplar la cruz, en la cual veía a Cristo muerto por nosotros. Sin embargo, era todavía una visión insípida, si bien experimentaba en ella gran dolor.

Octavo paso. Al contemplar la cruz, me ha sido dada una mayor comprensión sobre la muerte del Hijo de Dios por nuestros pecados. Entonces reconocí todos mis pecados con el máximo dolor, y sentí cómo yo misma lo había crucificado. Pero todavía no conocía cuál beneficio fuese mayor: si el haberme arrancado del pecado y del infierno y convertido a la penitencia, o el verlo clavado en la cruz por mí.

Este conocimiento de la cruz me daba tanto fuego, que, estando a los pies de ella, me despojé de toda mi ropa y me ofrecí toda al Señor. Y si bien con temblor, con todo le prometí guardar una castidad perpetua y no ofenderlo con ninguno de mis miembros. Acusé delante de El cada uno de mis miembros. Y le suplicaba que me ayudara a guardar esa promesa, es

decir la castidad de todos los miembros y de los sentidos. Por una parte temía prometer, y por otra ese fuego me constreñía a hacerlo.

Con el noveno paso, Dios me concedió la gracia de buscar el camino de la cruz, para poder estar a sus pies, donde hallan refugio todos los pecadores. Y fui instruida e iluminada, y me fue mostrado el camino de la cruz de esta manera. Recibí la inspiración de que, si quería ir a la cruz, debía despojarme para estar más expedita e ir desnuda hacia ella. En otras palabras, debía perdonar a todos los que me habían ofendido; debía renunciar a todo bien material y a todo hombre y mujer, a todo amigo y pariente, y a cualquier otro; debía renunciar a mi fortuna y a mí misma; debía dar mi corazón a Cristo, que me había concedido estos beneficios; y debía ponerme en marcha por el espinoso camino de la tribulación. Desde ese momento comencé a apartar los vestidos más lindos y a simplificar las comidas y los peinados

Pese a eso, todo me era muy amargo y penoso, porque todavía no sentía nada del amor. Vivía entonces con mi marido, y sufría mucha amargura, cuando se me agraviaba o se me injuriaba. Sin embargo, lo soportaba pacientemente, como mejor podía. En ese tiempo sucedió que, por voluntad de Dios, murió mi madre, que me era de gran obstáculo. Más tarde, en poco tiempo, murieron mi marido y todos mis hijos. Y como ya había entrado en el camino de la cruz y había rogado a Dios que murieran, a su muerte experimenté una gran consolación⁶. Pensaba que para el porvenir, habiéndome Dios concedido semejantes gracias, mi corazón estaría siempre en el corazón de Dios, y el corazón de Dios estaría siempre en el mío.

Paso décimo. Pedía a Dios poder hacer lo que más le agrada-

⁶ Nos parece chocante e incomprensible este deseo de Angela, pero hay que ubicarse en una perspectiva mística, paradójica: en una elección totalitaria “que impulsó a Angela a poner a Dios en primer lugar, dispuesta a perder todo otro bien que pudiera ser obstáculo al único amor de su alma” (Aliquó, p. 37). Más adelante, confesará su gran dolor por la muerte de los seres queridos: ‘El vivir me era tormento, más que el dolor por la muerte de la madre y de los hijos, aún más que cualquier otro dolor’

daba, y él mismo en su bondad, varias veces, tanto durante el sueño como estando despierta, se me apareció clavado en la cruz. Me invitaba a contemplar sus llagas y de manera maravillosa me mostraba cómo El lo había padecido todo por mí. Esto sucedió varias veces, y mientras me mostraba uno a uno y de manera destacada todos los dolores que había sostenido por mí, me decía: “¿Qué puedes hacer por mí que te parezca bastante?”.

Así, muchas veces se me apareció estando despierta, y de manera más agradable que estando dormida, si bien su semblante era siempre de un hombre cargado de dolores. Y me repetía las palabras que ya me había dicho estando dormida, mostrándome desde la cabeza a los pies sus penas. Me hacía ver los pelos arrancados de la barba, de las cejas y de la cabeza. Y enumeraba los latigazos, subrayándolos uno tras otro, y me decía: “¡Todo esto padecí por ti!”.

Me venían a la mente de manera asombrosa todos mis pecados, y constataba que también en los últimos tiempos yo lo había herido con mis pecados; por eso debía tener un dolor más intenso. Y experimentaba por mis pecados un dolor que jamás había tenido.

Igualmente, mientras contemplaba su pasión, El me decía: “¿Qué puedes hacer por mí que te parezca bastante?”. Entonces lloraba mucho, y las lágrimas brotaban tan abrasadas, que quemaban mi carne. Por eso debía después echarme agua encima para hallar un poco de refrigerio.

Paso undécimo. Por todo lo dicho, me propuse hacer más ásperas penitencias.

Este paso, largo para ser descrito, está lleno de cosas admirables, que van más allá de las fuerzas humanas. Lo confirmo yo, fraile amanuense, por haber conocido más tarde sus penitencias.

Nuevas ascensiones

Paso duodécimo. Porque comprendía que, estando engolfada en las cosas del mundo, no podía hacer una penitencia su-

ficiente, tomé la decisión de abandonar absolutamente todas las cosas, para hacer penitencia y llegar a la cruz, como me había sido inspirado por Dios. Esta inspiración me fue concedida, por la gracia de Dios, en forma maravillosa y del siguiente modo.

Con todas mis ansias deseaba llegar a ser pobre, y con preocupación pensaba a menudo que podía sobrevenirme la muerte antes de serlo. Contemporáneamente me veía asediada por muchas tentaciones. Me veía joven y pensaba que el mendigar me podría ser de gran peligro y vergüenza, y que podría morirme de hambre, frío y desnudez. Todos me disuadían. Y he ahí que por la misericordia de Dios, en una oportunidad, mi alma fue grandemente iluminada, y con esa iluminación logré una tal firmeza que creí, y sigo creyendo, no poder perder jamás

En esa luz me predispuse y tomé la decisión de que si era menester morir de hambre, frío, desnudez y vergüenza —porque era o podía ser la voluntad de Dios—, de ninguna manera desistiría de mi propósito a causa de estos males, aun en la plena certeza de que caerían sobre mí. En fin, si me hubieran sucedido, habría muerto gozosamente en el Señor. Desde ese momento tomé una seria decisión.

Décimotercero. Entré en el dolor de la Madre de Cristo y de San Juan y les pedí que me alcanzaran un signo seguro de que siempre y continuamente tendría presente en la memoria la Pasión de Cristo. Nuevamente se me apareció la misma visión y en el sueño me fue mostrado el corazón de Cristo y me fue dicho: “En este corazón no hay mentira, en él todo es verdad”. Y me parecía que estas palabras me fueran dichas, porque yo me había burlado de un cierto predicador ⁷.

Decimocuarto. Estando en oración durante la noche, Cristo se me apareció en la cruz más luminoso que de costumbre,

⁷ El espíritu naturalmente escéptico y burlón de Angela, que todo lo tomaba a broma hasta reírse de los sermones, recibe en la visión del Señor un saludable correctivo. El corazón de Cristo, símbolo de todo su amor y dolor, ha amado y sufrido hasta el extremo de todo amor y de todo dolor.

es decir, me comunicó un más claro conocimiento de sí. Me llamó y me invitó a poner mi boca sobre la llaga de su costado. Me parecía ver y beber su sangre que brotaba viva de la herida, y me hacía comprender que de esta manera me hacía pura.

Entonces comencé a experimentar una gran alegría, si bien la meditación de la pasión me produjera tristeza, y supliqué a Dios que me hiciera derramar toda mi sangre por su amor, como él lo había hecho por mí. Y me ofrecí toda a su amor. Deseaba que todos mis miembros padecieran la muerte, si bien distinta de la suya, y mucho más humillante. Imploraba y suplicaba que, si pudiera hallar a alguien que me matara —con tal que me fuera concedido morir por la fe, por el amor de Cristo— le pediría que me concediera esta gracia: a diferencia de Cristo crucificado en un madero, que a mí me crucificaran en una roca o en un lugar sórdido, y con un instrumento vil. Yo no me sentía digna de morir de la misma muerte de los santos, por esto le pedía me hiciera morir más míseramente y con una muerte más larga. Pero no podía imaginar una muerte tan abyecta como la que deseaba, y sufría mucho por no hallar una muerte tan infame, que en nada se asemejara a la de los santos, de la que me sentía del todo indigna.

Décimoquinto. Penetraba en el alma de San Juan y de la Madre de Dios, meditando sus dolores, y les pedía que me alcanzaran la gracia de experimentar siempre el dolor de la Pasión de Cristo o al menos el dolor de ellos. Y ellos me lo alcanzaron, como todavía me lo alcanzan. Una vez San Juan me hizo sentir un dolor tan grande, que fue de entre los mayores que yo jamás haya probado. Comprendí que San Juan, por la pasión y la muerte de Cristo y por el dolor de la Madre de Cristo, soportó una pena tan grande, que juzgué y sigo juzgando, superior al mismo martirio. Desde entonces se me dio el deseo de despojarme de todo bien con tal voluntad, que, si bien fuera acometida y a menudo tentada por el demonio, para no hacerlo, y si bien me fuese prohibido por los frailes y por ti mismo y por todos aquellos a los que pedía consejo, de ninguna manera hubiera podido resistir, cualquier fuese el bien o el mal que me pudiera acaecer.

Y si no hubiera podido dársele todo a los pobres, lo hubiera igualmente abandonado todo, porque me parecía imposible retener algo sin cometer una falta grave. Pese a todo, mi alma vivía en la amargura por los pecados. Todavía no sabía si lo que hacía, era grato a Dios; y gemía y lloraba amargamente, gritando: “Señor, aunque fuere condenada, seguiré al menos haciendo penitencia; me despojaré de todo y te serviré”. En ese tiempo todavía vivía en la amargura por los pecados y no experimentaba la dulzura divina.

Décimosexto. Fui liberada de este estado de la siguiente manera.

Una vez fui a la iglesia y rogué a Dios que me hiciera alguna gracia. Mientras rezaba, puso en mi corazón el “*Padre nuestro*” con una comprensión tan nítida de la bondad divina y de mi indignidad, que cada una de las palabras hallaba realce en mi corazón. Y rezaba ese *Padrenuestro* con mucha lentitud y con pleno conocimiento de mí. Y si por un lado gemía por mi indignidad y por mis pecados que se me manifestaban, por otro experimenté un gran consuelo. Comenzaba a gustar algo de la dulzura divina, porque en esa oración, más que en cualquier otra, se me manifestaba la bondad divina, y también hoy en día sigo hallándola.

Pero cuando en ese *Padrenuestro* me fueron indicados mis pecados y mi indignidad, me sentí tan avergonzada, que ni me atrevía a levantar los ojos. Me dirigí a la Virgen María, para que me alcanzara el perdón de los pecados. Todavía quedaba en la aflicción a causa de los pecados. En cada uno de los pasos me detenía largo tiempo, antes de pasar al sucesivo: en algunos más, en otros menos.

Por esto esta sierva de Cristo exclamaba con asombro:

“¡Oh! ¡A través de cuántas dificultades progresa el alma! Aunque no se escriba nada aquí, ¡cuántos impedimentos y apretadas correas atan los pies! ¡Qué perversa ayuda recibe del mundo y del demonio!

Decimoséptimo. Después del paso precedente tuve la de-

mostración de que la Virgen María me había alcanzado la gracia: me fue dada una fe muy distinta de la que tenía. En comparación, la fe anterior me parecía una cosa muerta y las lágrimas del pasado casi fruto de la violencia. Desde entonces padecí con mayor eficacia la pasión de Cristo y el dolor de su Madre. Entonces, cualquier cosa que hiciera, aunque fuere grande, me parecía poca cosa y aspiraba a una mayor penitencia. Entonces me encerré en la pasión de Cristo, y se me dio la esperanza de que en ella podía alcanzar la libertad.

Comencé a tener consuelo durante el sueño, y disfruté de hermosos sueños, de los que me venía gran consuelo. Y al pensar en Dios, comencé a sentir una constante dulzura en lo íntimo del corazón, tanto en vigilia como en el sueño. Pero como todavía no poseía la certeza, con el consuelo se mezclaba la amargura, y yo ansiaba recibir otros dones de Dios.

De las muchas visiones durante el sueño me relató una, diciendo:

Una vez, estando en la cárcel ⁸, en la cual me había encerrado para una cuaresma más dura, mientras meditaba y saboreaba una palabra del Evangelio, palabra de grandísima piedad y de excesivo amor, tenía junto a mí el misal. Ansiaba ardientemente ver al menos esa palabra escrita, pero hacía esfuerzos por frenarme y dominarme por temor a la soberbia, ya que me había obligado a no abrir el libro con mis manos, a causa del demasiado deseo y amor. Adormecida por una especie de sueño, me dormí con ese deseo.

Al instante fui arrebatada en una visión y se me dijo que la comprensión de la epístola era una cosa tan sublime que si uno

⁸ "Cárcel" tiene aquí el mismo sentido que las famosas *Cárceles* de Asís, donde san Francisco solía retirarse con sus compañeros para orar y hacer penitencia. Significa no un lugar penal por delitos cometidos, sino un lugar cerrado y angosto, donde uno se retira voluntariamente por mortificación durante un período de tiempo. Las mujeres que se sometían a esa penitencia se llamaban *encarceladas* (Blasucci, p. 263).

la comprendiera bien, olvidaría todas las cosas mundanas. El que me guiaba, me dijo: “¿Quieres probarlo?” Yo asentí, movida por el vehemente deseo de probarlo. En seguida me condujo y me lo hizo probar. Y penetré con tanto deleite en los bienes divinos, que al instante me olvidé de todas las cosas mundanas.

Después, el que me guiaba añadió que la comprensión del Evangelio era una cosa tan superdeliciosa que si uno lo comprendiera, se olvidaría no sólo de todas las cosas mundanas, sino también y en forma total de sí mismo. Y otra vez me guió y me lo hizo probar. En seguida penetré con tal deleite en los bienes divinos que me olvidé no sólo de todas las cosas mundanas, sino totalmente también de mí misma. Experimenté una embriaguez tan divina que pedí a mi guía, que no me dejara salir más de ese estado. Me contestó que tal petición, no podía ser satisfecha; y en seguida me hizo volver en mí y abrí los ojos.

Sentí un gozo incontenible por lo que había visto, pero sufrí mucho por haberlo perdido. También hoy, al recordarlo, me lleno de felicidad. Desde entonces se fijaron en mí tal certidumbre, tal luz y tal ardor de amor de Dios que repetía con pleno convencimiento que nada se predica del gozo de Dios. Los que lo predicán, no lo pueden predicar; y si lo predicán, no lo comprenden. Así me habló el que me guió en la visión.

El sentimiento de Dios

Décimoctavo. Más tarde tuve el sentimiento de Dios y experimenté un deleite tan grande en la oración que me olvidaba de comer y hubiera deseado no tener necesidad de comer para poder quedarme en oración. Se insinuaba aquí una especie de tentación de no comer, o, si comía, de comer poquísimo. Por suerte reconocí que era un engaño⁹.

⁹ Hay que admirar el equilibrio ascético de Angela. Ese sentido de discreción, que guía sus actos, la aleja de todo extremismo. La mortificación no está hecha para matar el cuerpo, sino para dar mayor libertad al espíritu.

Era tan grande el fuego del amor de Dios en mi corazón, que no me cansaba ni de estar de rodillas ni de otras penitencias.

A continuación llegué a un fuego tan ardoroso que, con sólo oír hablar de Dios, gritaba ¹⁰. Y si uno me hubiera amenazado con un hacha para matarme, no hubiera podido sustraerme. Esto me sucedió la primera vez cuando vendí mi finca, que era mi más linda propiedad, para distribuir el importe entre los pobres.

Antes me burlaba de Pedrito ¹¹, pero después de ningún modo podía hacerlo. Más bien, cuando la gente me decía que yo estaba endemoniada, porque no podía retener los gritos, sentía mucha vergüenza y convenía con ellos en que quizás estaba enferma y endemoniada; y no podía dejar satisfechos a cuantos hablaban mal de mí. Y cuando veía algún cuadro de la pasión del Señor, apenas podía soportarlo: me asaltaba la fiebre y caía enferma. Por eso mi compañera escondía los cuadros de la Pasión para que no los viera.

Décimonoveno. Durante el tiempo de la transcripción, después de la admirable visión y consuelo que experimenté en el *Padrenuestro*, tuve mi primer gran consuelo de la dulzura de Dios. Así sucedió. Una vez fui inspirada y arrebatada a considerar el deleite que se experimenta en la contemplación de la divinidad y de la humanidad de Cristo, y fue tan grande el consuelo que probé, que durante gran parte de ese día me quedé de pie, recogida y sola en la celda en la que estaba orando, y mi corazón estaba en ese gozo. Después me desvanecí y perdí la palabra. La compañera corrió a mí y pensaba que yo iba a morir y que ya me estaba muriendo; pero su presencia

¹⁰ Esos gritos incontrolables, como más tarde los de Asís, eran fenómenos místicos que obligaban a Angela a proclamar su amor, ya por el gozo en sí ya por la violencia que experimentaba.

¹¹ Este *Pedrito* es el Beato Pedro Crisci de Foligno, terciario franciscano. Inspirado por Dios, renunció a todas sus riquezas para llevar vida pobre y humilde. Por su simplicidad, la gente se burlaba de él. Murió en el año 1325 y su cuerpo se venera en la catedral de Foligno.

me importunaba, ya que me impedía el disfrute de ese grandísimo consuelo.

Una tarde, antes de llevar a cabo la distribución de todos sus bienes, si bien le quedaba muy poco para dar, mientras estaba en oración, se quejaba de que le parecía no sentir a Dios, y lo suplicaba, y gemía de esta manera: "Señor, lo que estoy haciendo, no lo hago sino para hallarte. ¿Te hallaré, pues, después de haberlo llevado a cabo?" Y muchas otras cosas decía en esa oración. Y se hizo oír una voz que la interrogó: "¿Qué deseas?" Y ella contestó: "No deseo ni oro ni plata; y aunque me dieras todo el mundo, no te deseo más que a ti". Y la voz siguió hablándole: "Apresúrate, porque apenas hayas llevado a cabo la obra, toda la Trinidad vendrá a ti".

En ese momento me prometió muchas otras cosas, me sacó de toda tribulación y me dejó colmada de dulzura. Desde ese momento esperé que se cumpliera lo que se me había prometido. Relaté todo a mi compañera, que se hallaba muy perpleja por las cosas extraordinarias que se me había dicho y prometido. Pese a todo, Dios me dejó colmada de divina dulzura.

Vigésimo. Después de estos hechos fui a San Francisco de Asís, y en esa ocasión, a lo largo del camino, se realizó y se cumplió la promesa, como ya te lo relaté. No me parece que había terminado la distribución de todo lo mío a los pobres; ciertamente no lo había llevado totalmente a cabo, si bien quedaba muy poca cosa. Un hombre que iba de prisa al reino de las Pullas, para dividir su patrimonio con el hermano que vivía en ese reino, me había dicho que lo esperara. Efectivamente me había dicho que volvería pronto para dar toda la cuota de sus bienes a los pobres, y que junto conmigo haría la donación total. Porque esa persona se había convertido y había sido fortalecida por la gracia de Dios a través de mis exhortaciones y deseaba hacer junto conmigo la donación total de sus bienes, por eso yo la esperaba. Más tarde, lamentablemente ese hombre murió durante el viaje, y me fue relatado que su sepulcro

era muy venerado y que Dios había obrado milagros por su intercesión ¹²

Los siete pasos suplementarios

Este paso, que aquí señalo como vigésimo, fue la primera cosa que yo, indigno fraile, escribí, después de haberla escuchado y aprendido directamente de los labios de la misma sierva de Cristo. Pero no voy a transcribir ni a completar aquí la descripción de este paso, porque se trata de un paso cuajado de cosas maravillosas, lleno de grandes revelaciones celestiales, muy largo y de mucho deleite y familiaridad con Dios, aunque el paso vigésimo primero sea aún más maravilloso. Suspendo, pues, lo comenzado y lo dejo para más adelante. Ahora relataré brevemente cómo yo, por la intervención admirable de Cristo, llegué a conocimiento de estos hechos y cómo fui enteramente forzado a escribirlos.

Quiero subrayar que yo, fraile, con la ayuda de Dios, puse todo mi empeño en relatar los hechos desde el primer paso hasta este punto marcado con el paso vigésimo, o sea hasta el fin de la segunda revelación, donde se dice que Dios de manera admirable le manifestó que habíamos escrito todas las cosas según la verdad, sin ningún engaño, si bien fuesen mucho más ricas que lo que referí y si bien mi transcripción las haya disminuido y empobrecido.

Desde ese punto no supe continuar la transcripción, porque después raramente y en ocasiones distanciadas pude hablar con Angela para narrar algo. Y porque desde el décimounoveno paso en adelante me fue difícil distinguir y numerar con claridad otros pasos, tomé buen recaudo de recoger la materia que quedaba en siete pasos o revelaciones; así como conocí a la sierva de Cristo en la posesión de los dones de la divina gracia; y así como la vi progresar en dones y carismas; y en fin así como juzgué más conveniente y lógico hacer.

¹² Se desconoce el nombre de este hombre piadoso y caritativo, muerto en concepto de santidad.

El primer paso, que sigue después de lo anterior, es la admirable revelación de la divina familiaridad, de los diálogos y de las enseñanzas de Dios. Hacia el fin del paso se contiene la respuesta que le fue dada por la Trinidad y cómo ella vio a Cristo en el sacramento del altar.

El segundo paso contiene la revelación de la divina unción, y de la entrega y visión de Dios hasta el paraíso. Se destaca en este paso cómo Dios pide al alma que lo ame sin malicia, y cómo le muestra con una larga exposición que él es el amor del alma, si bien el relato se haga en forma breve y truncada. Dios quiere que el alma tenga o desee tener algo del verdadero amor, con el cual El nos amó.

Igualmente se prueba con testimonios que toda alma que quiere buscar y poseer la divina misericordia, la puede alcanzar, como María Magdalena. Igualmente se demuestra que esto procede del amor y de la bondad del Padre y de la confesión que el pecador hace de sus pecados. Por estos dos motivos, cuanto más grande es el pecador, tanta mayor misericordia y gracia puede alcanzar. Además, le fue revelado que ella agradaba a Dios, y que El se hallaba presente en las cosas que escribíamos, y que todo lo que habíamos escrito, era inmune de engaño. Y también cómo Dios, y luego la misma bienaventurada Virgen María, la bendijeron a ella y sus limosnas. Y también se relata el éxtasis que la arrebató a la vista del cuerpo de Cristo.

El tercer paso contiene la revelación de la enseñanza divina a través de testimonios perceptibles por los oídos y a través de testimonios que pueden ser captados por el solo gusto del espíritu. Ahí se enseña cómo son verdaderos hijos de Dios los que buscan conocer quién sea ese Dios su Padre, que les había dado el don de la filiación; y lo hacen porque quieren agradecerse y agradecerle.

También, este paso contiene lo que Dios les dice y cómo ellos reciben la gracia divina, al acercársele. Ahí se enseña también el modo de acercarse a Dios y la doctrina por la cual el hombre puede hacerse hijo legítimo de Dios. Se habla también de que hay hijos de Dios que son por El reprobados. En

fin se habla de cómo Angela vio la divina sabiduría, que le dio la capacidad de juzgar con recto juicio.

El cuarto paso contiene la revelación de la propia bajeza, de la transformación y de la confirmación divina. En él se relata cómo Angela vio al mundo y a todas las cosas como algo minúsculo, y a Dios que todo lo llenaba y sobrepasaba. Y por último cómo, arrebatada en éxtasis, vio la potencia y la voluntad de Dios, y cómo en esta visión halló respuesta a todas sus cuestiones: sobre los hombres que se salvarían y que se habían salvado, sobre los condenados, sobre los demonios y sobre todas las cosas. Quedó contenta y se le dio plena satisfacción sobre cada misterio, pero no sabe si en ese entonces se hallase en el cuerpo o fuera de él.

El quinto paso contiene la revelación de la unión con Dios y del amor. Ante todo viene la admirable revelación de la pasión del Señor y sigue el éxtasis de amor. Después, cómo vio a la bienaventurada Virgen rogar por el género humano, y cómo la gracia de Dios se le manifestaba en el sacramento del altar. Sigue una amplia explicación de cómo y de cuántas maneras el alma logra la certeza de que Dios viene a ella.

Igualmente, cómo conoce el alma cuando ella es habitada por Dios, en lo cual hay gran diversidad. Además, el coloquio y la lamentación que el alma dirige al cuerpo o a los sentidos a causa de la contemplación. Por último se habla de cómo y en qué modo puede haber engaño en las personas espirituales, y cuáles son las cosas que pueden ser comunes a fieles e infieles.

El sexto paso ilustra el martirio de múltiples e intolerables padecimientos y angustias, tanto por las enfermedades del cuerpo como por las del alma, y los innumerables tormentos del cuerpo horrendamente provocados por muchos demonios. Este paso va junto al próximo, que es el séptimo, que es de entre todos el más maravilloso.

El séptimo contiene una revelación de la cual sólo se puede decir que está por encima de cualquier cosa que se pueda imaginar. Ni el paso de la familiaridad con Dios, ni el paso de la divina unción o de la enseñanza, ni los de la unión y del amor, ni todos los precedentes son comparables a éste.